

Fátima, la eterna disputa entre el bien y el mal

Decir «Fátima» y pensar en «secretos» es casi un acto reflejo, tal ha sido el bombo que se le ha dado a los misterios de las apariciones en Cova de Iria que presenciaron Jacinta, Francisco y Lucía. Se cumplen ahora cien años de aquellas apariciones y todavía hay quien especula con esos secretos.

La fuente de todo lo que sabemos sobre las apariciones son los escritos que dejó Lucía, fallecida en 2005. En 1917 Lucía tenía solo 10 años y habrían de pasar otros veinte antes de que decidiera poner por escrito la experiencia de la que había sido protagonista. De ahí que, más que una lectura literal del texto, que en ella se basan los «secretos», hoy se prefiera la interpretación simbólica de un lenguaje y unos acontecimientos que a los tres pastorcillos les tocó vivir. Comprenderlos le costó a Lucía toda una vida, y ella misma recuerda que solo después de leer la Biblia fue entendiendo poco a poco el verdadero significado del mensaje.

Aquellas «revelaciones» contienen en realidad un mensaje válido para cualquier tiempo, de modo que la cuestión de fondo es saber qué les sigue diciendo hoy Fátima a los cristianos. Así lo especificó en su momento el entonces cardenal Ratzinger: son revelaciones hechas a «determinadas personas, pero con un contenido que atañe a todos». En consecuencia, más que los famosos secretos, por otra parte ya desvelados, la actualidad del mensaje de Fátima está en la eterna disputa entre el bien y el mal, sean cuales sean sus manifestaciones, y la decidida opción por el amor «materno» que María transmitió al mundo a través de los pastorcillos.

El 13 de mayo el papa Francisco estará en Fátima celebrando el centenario. Ese día presidirá el acto de canonización de Jacinta y Francisco, cuyo decreto de canonización fue aprobado en marzo pasado. Mejor conmemoración no habría esperar.

